

IGNACIO LARRAÑAGA

# SALMOS PARA LA VIDA



## I

# Los salmos y la vida

Una de las tareas más urgentes de las Comunidades Religiosas, según me parece, podría expresarse con esta pregunta: ¿Qué hacemos, o cómo hacemos para conseguir que la *Liturgia de las Horas* llegue a ser, para los Hermanos y Hermanas, el *alimento diario y normal* como para sustentar, al menos con decorosa altura, el entusiasmo por la vida consagrada? He aquí la pregunta, la tarea, el desafío.

Sucede lo siguiente: numerosos y múltiples compromisos reclaman a los Hermanos y Hermanas. Ahí están los pobres con su penuria y sus dramas. ¿Qué hacer con una sociedad cuyos valores cristianos se desangran día a día? De tal manera las Comunidades Religiosas viven agobiadas por urgencias y necesidades ineludibles que, si sus integrantes no se organizan, tanto a nivel personal como comunitario, a fin de reservar *tiempos fuertes* para orar –lo que, por cierto, exige entusiasmo y tesón–, la actividad orante de muchas Comunidades acaba reduciéndose al rezo de la *Liturgia de las Horas*, y, cuando más –no siempre–, a la celebración eucarística. Quede esto en claro: el Oficio divino es ya, *de hecho*, la principal actividad orante de muchas Comunidades.

Por otra parte, en el marco de cualquier dinámica vital, sucede el siguiente fenómeno: las energías espiri-

tuales, en la medida en que dejan de ser cultivadas, inician un peligroso repliegue en una verdadera espiral de muerte, hacia la inhibición y la atrofia. En cuanto se deja de orar, la fe languidece, se congela la relación vital con el Señor –aquella aureola que el pueblo distingue en los *enviados*– y la existencia misma, en cuanto proyecto elemental de vida, acaba por perder el sentido y la alegría. El problema que nos preocupa es, pues, un asunto vital.

Se impone, por consiguiente, lo reiteramos, esta pregunta: ¿Qué hacer para conseguir que la *Liturgia de las Horas* sea verdaderamente, si no un banquete espiritual, al menos la mesa familiar en la que los Hermanos y Hermanas encuentren el alimento para restaurar energías, nutrirse para el combate del espíritu o, al menos, para no descender por la pendiente de la decadencia?

Ahora bien, no debe olvidarse que la viga maestra, la columna vertebral de la *Liturgia de las Horas* son los *salmos*. Vivificando los salmos, estamos vivificando la *Liturgia de las Horas*. Todo lo que se haga, cualquier iniciativa que se tome en este sentido, es un impulso enriquecedor para la vida de la Iglesia.

Urge, pues, emprender el itinerario que conduce al interior de los salmos, navegar en sus mares, sondear la riqueza de sus abismos, llenarse los ojos de luz, contagiarse de vida, y después salir a la superficie con las manos llenas de toda su riqueza y novedad.

De tal manera que, durante el rezo diario, las palabras suenen siempre como nuevas, y nunca se agote su riqueza, así se repitan esas palabras millares de veces. De esta manera, el Oficio Divino será siempre una actividad vivificante para mantener en alto el sentido de

una consagración, el estímulo apostólico y la gana de vivir.

\* \* \*

Hay tantos escritos, y tan excelentes, sobre los salmos que uno tiene la impresión de que su estudio hubiera tocado fondo, y de que el tema estuviera ya agotado.

Tan sólo el pensamiento de que cada persona contempla el mundo y la vida desde una perspectiva única me infunde algún aliento para, también yo, decir algo, y depositar un granito de arena en esa inmensa playa.

Por otra parte, no intento hacer (ni podría) un estudio sistemático de los salmos (al respecto, existen en castellano trabajos admirables), sino entregar unas simples consideraciones, con aplicaciones a la vida, para estimular a algunas personas a orar con los salmos, ayudándolas a encontrar en ellos espíritu y vida. Desearía, asimismo, con estas meditaciones, contribuir un poco a vivificar la *Liturgia de las Horas* de algunas Comunidades.

### **El hombre habla con Dios**

Se dice: La Biblia, sin los salmos, sería tan sólo un libro *sobre* Dios. A primera vista, esta afirmación parece verdadera. Pero no lo es exactamente.

Si la oración es diálogo, un diálogo no necesariamente de palabras, sino de interioridades, la Biblia entera, desde sus primeras páginas, es un diálogo con Dios, no exento de quejas y discusiones.

En el amanecer de la Humanidad el hombre se asoma a la Historia como un ser entrañablemente abierto

## **III**

### **En espíritu y verdad**

#### **Salmo 63.(62)**

#### **Hacia el interior**

¡Vida extraña la suya! Sus primeros años habían transcurrido en el dorado esplendor de los tronos. Fugitivo en el país de Madián, Moisés vivía cuidando el rebaño de su suegro. Un buen día salió de casa con el propósito de hacer un largo trayecto y, conduciendo el rebaño, se internó profundamente en las áridas tierras, hasta rebasar por completo el desierto del Sur; al cabo de varias jornadas, llegó hasta el Horeb, la “montaña de Dios” (Ex 3, 1).

Un buen día, a la amanecida, observó en la falda del monte un extraño fenómeno: desde el interior de la zarza se levantaba una llama crepitante y viva, pero la zarza no se consumía. Intrigado, se dijo: Voy a ver qué raro fenómeno es este que están viendo mis ojos. Y, con cautela y curiosidad, se aproximó al arbusto. De pronto, escuchó una voz que surgía desde el seno de la zarza: Moisés, no te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado. Y “Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios” (Ex 3, 6).

Aquí se inicia la marcha del hombre hacia las regiones interiores: es el primer episodio, en este sentido,

